

## PATRIMONIO VALENCIANO

JAVIER DOMÍNGUEZ RODRIGO ARQUITECTO



# El retablo de San Jorge de Jérica

La figura de San Jorge, guerrero y mártir, gozaría de una enorme popularidad en Occidente desde el siglo XIII, que lo reconocería como patrono de Venecia, Alcoy... y también de Cataluña y de Inglaterra (1222).

El Gran Mártir, como lo llama la iglesia griega, fue según la tradición un guerrero legendario que nació en Miletene de Capadocia -Asia Menor- y murió martirizado en Lidia (Palestina) a finales del siglo III.

El concilio de Nicea incluyó la Historia de San Jorge entre las obras apócrifas debido a la enorme variedad de versiones que circulaban entorno a su martirio. Así, por ejemplo, mientras que en unos relatos se decía que murió en la ciudad persa de Diárpoldo -antes Lydda- próxima a Jope, en otros se narra su muerte por orden de los emperadores Diocleciano y Maximiliano, a la vez que otros autores sostienen que sufrió su martirio a manos del gobernador Daciano.

En cualquier caso, su fama se propagaría muy rápidamente de Oriente a Occidente, ya que desde el momento en que los Cruzados llegaron a Lydda en el 1191, se extendería vertiginosamente su devoción entre los ingleses. Su popularidad fue en aumento: Florencia y Bolonia introdujeron la imagen georgiana en sus blasones, el ducado de Ferrara lo proclamó su patrón y protector y a lo largo de toda la Edad Media sus reliquias aparecerían por doquier.

San Jorge comienza así a aparecer según la tradición en las batallas ayudando a los reyes cristianos y desde la célebre Batalla de Alcaraz (1096) las intervenciones milagrosas del Santo se multiplican rápidamente.

Por ello, desde el siglo XIII son

muy numerosas las representaciones del santo por todas las artes plásticas y en especial por la pintura -escultura de Tony Cragg (Liverpool, 1949)...-. Entre ellas, son dos magníficos retablos valencianos del siglo XV, el del Centenario de la Ploma atribuido a Marsai de Sot y el de San Jorge de Jérica, los que mejor recogen la rica y variada iconografía del popular santo capadocio.

En ambos retablos el tema central lo constituye la escena de San Jorge y el dragón inspirada en la narración del dominico genovés y profesor de teología Fray Sarrazo de la Vorágine o de Varazze -Legendi Sancti Vulgari Storlado (1264).

El dragón era para los primeros cristianos el símbolo del paganismo, de forma que su muerte por el santo servía para escenificar la conversión a la fe (de Capadocia, según la tradición) o la victoria del bien sobre el mal.

De ahí que el monstruo sea frecuentemente representado con alas y escamas, además de con una lengua bifida y una larga cola afilada, mientras San Jorge lo atraviesa con su lanza montado en un caballo blanco, símbolo de la pureza.

No falta en este panel central la alusión al lugar referenciado por la doncella -hija del rey de Silene según la leyenda- y por la fortaleza amurallada. Y es que desde la más remota Antigüedad, las ciudades (Atenas, Roma...) habían sido simbolizadas por figuras femeninas, generalmente armadas militarmente con cascos, escudos, espadas... Así, la diinidad tutelar de Bizancio era la diosa de la fortuna, Tique, que como Cibele llevaba una corona mural con torresones -el atributo de las diosas madre asiáticas.



RETABLO. Aparición de Nuestro Señor para consolar al mártir.

Por otro lado, el conjunto ofrece una clara unidad estilística -realismo de los rostros, expresividad...- latente en las diferentes escenas de la vida y martirio de San Jorge que revelan la influencia del expresionismo de raíz germánica, si bien su adscripción al gótico internacional es indudable, no faltando además los típicos elementos autóctonos: fondos dorados, mosaicos de azulejos...

Coronando la calle principal, tenemos la tabla en que se representa la batalla del Puig o de Enesa (1237), clave para la rendición de Zayán ante Jaime I el Conquistador y la capitulación de la ciudad de Valencia. La escena, que reproduce con enorme realismo el tu-

multuoso choque de los ejércitos cristiano y musulmán, es esencial para la interpretación de la doble iconografía del cuadro: el dragón y Anesa.

Sin embargo, el hecho de que la tabla represente el momento en que el monarca aragonés atraviesa con su lanza al caudillo árabe derribándolo de su montura, ante la mirada atenta de San Jorge, ha hecho que algunos críticos apuntaran a la figura de Pedro I en la Batalla de Huesca.

Aunque, en realidad, la hipótesis más probable -Post, Ferrari...- dado que se trata de una tabla valenciana es que la figura correspondía a Jaime I, que si bien no participó en la batalla de Enesa encar-

na el símbolo de la victoria y de la reconquista, y de ahí la licencia narrativa del pintor.

El Retablo de Jérica se completa con la representación del martirio del santo, que ocupa cinco de las seis escenas restantes de las calles laterales, puesto que en la tabla adquiere especial relevancia la segunda parte de la narración de Vorágine, en que San Jorge tras dominar al dragón (mal) lo ata al cinturón de la princesa, dándole muerte en presencia del soberano y de sus aterrORIZADOS súbditos.

Las escenas del martirio son, no obstante, fácilmente identificables: San Jorge arrastrado por la ciudad y conducido al sitio en que sería decapitado por orden del emperador Daciano; Aparición del Señor para consolarlo durante la noche; el Santo es investido con la capa (con la cruz roja) y la espada como paladín de los cristianos; el aserramiento y, por último, la representación de San Jorge decapitado en presencia de Daciano que está junto al demonio-fuego, que le daría muerte.

Pero, sobre todo, el Retablo de Jérica nos explica la rápida expansión en nuestra Comunidad del culto a San Jorge como modelo de caballero en la lucha contra los infieles. Bajo la advocación del Santo se crearían diversas Ordenes (San Jorge de Alfama...) y Cotradras por designación real, destacando de entre aquellas milicias urbanas valencianas la del Centenario de la Ploma fundada por Pedro IV el Ceremonioso en 1371.

Confirmados años después por Juan I en Alcaira (1393) sus distintivos serían siempre los de su santo patrón -la senviera, la cruz roja y la ballesta- hasta que en 1711 se produjo la abolición de los fueros valencianos por parte de Felipe V y con ellos su desaparición definitiva, razón por la que estas singulares tablas góticas cobran una singular importancia como testimonio histórico de una época.